

# Homenajes a la realidad

Entrevista a Huberto Batis\*

1.

He trabajado en muchas casas editoriales. Estuve en el Fondo de Cultura Económica cuando el golpe a Orfila (todavía en el régimen de Díaz Ordaz). Arturo Azuela —hijo de don Salvador, quien fue nombrado director del Fondo— nos invitó a Raymundo Ramos y a mí para colaborar con su padre. Permanecimos hasta que fue posible. Don Salvador era satanizado por haber sustituido a Orfila luego del golpe. Llegó el momento en que el nuevo director tenía una paranoia tal que veía enemigos por todas partes. Empezó a desconfiar de Raymundo, de mí y hasta de su propio hijo. Trabajamos luego con el periodista Alfredo Kawache Ramia en una revista llamada *La Capital*; se hacía para decirle a la gente que México era ya una gran ciudad, tan grande que podía tener su propio Metro. Dirigimos la revista, primero Rosario Castellanos, luego Alí Chumacero, Raymundo Ramos y después yo. Era una especie de *New Yorker*, muy pedante, muy snob. La patrocinaban Corona del Rosal, regente de la ciudad, y Ortiz Mena, de la Secretaría de Hacienda. Colaboraban conmigo Jorge Ayala Blanco y Beatriz Espejo; hacíamos crónicas de la ciudad, crítica de cine, teatro, libros, y casi nada de política. Tiempo después me ofrecieron los *Cuadernos de poesía* de la UNAM. En

esta época García Ponce también heredó la colección *Poesía y ensayo*. En la Universidad nunca antes hubo atención por la literatura. Con Bonifaz Nuño y González Casanova, cuando teníamos la Imprenta, publicamos textos de autores reconocidos: Monterroso, Lizalde, Paz, Arturo Souto, etcétera. Yo empecé a hacer los *Cuadernos* pensando en los jóvenes, en los nuevos poetas que comenzaban a publicar en aquel momento; y siempre he visto con agrado que los jóvenes publiquen junto a los viejos —esto lo supo Reyes y lo ha propiciado con entusiasmo Fernando Benítez. El primero de los *Cuadernos de poesía* fue de Eduardo Lizalde, el segundo de Verónica Volkow, el tercero de Alberto Blanco. Deliberadamente no numeré los *Cuadernos*: no tienen ni título en el lomo pues según los criterios editoriales ya no serían “cuadernos” sino libros; de hecho, debían haber llevado grapa. Se han de haber editado más de treinta títulos. Traté de mantener cierto nivel de calidad, e incluso rechacé algunos textos: hoy lo lamento. *Cuadernos de poesía* fue la respuesta a un fenómeno que ocurrió en ese momento en que proliferaron nuevos poetas. Ahora no ocurre lo mismo. Quizá hay épocas. En los años sesenta abundaron los narradores (Fuentes, García Ponce, Galindo), novelistas y cuentistas notables; en los setenta, los poetas. Quién sabe cuándo habrá una proliferación de dramaturgos. Uno de los criterios de los *Cuadernos* fue eliminar toda información: solapas, prólogos, notas. La idea era que el

texto se presentara a sí mismo independientemente del autor y sus relaciones socio-literarias. Hay cuatro o cinco poetas extranjeros de muy alta calidad; publicamos por ejemplo a un poeta brasileño, Lêdo Ivo, a Elytis y Eugenio de Andrade (uno griego, el otro portugués). En general traté de ser muy abierto en la selección de títulos y autores, en vista de que hay editoriales que funcionan como grupos cerrados y se promueven y publican sólo entre sus integrantes. Eso traté de evitarlo. He llevado mi vida entre los oficios de profesor y editor. Es agradable ver que ambas labores permiten que otros se desarrollen. En ese sentido un editor es también un maestro, hace lo posible para que otros publiquen. Es una tarea humilde, sacrificada; yo a veces reniego, de pronto me veo harto de trabajar para difundir obras ajenas. Creo que tengo derecho: después de toda una vida de estar enseñando y difundiendo, llego a pensar que no tiene el menor sentido, que sería mil veces preferible estar retirado, gozando de mis cosas, dedicado más a mí que a los demás. Tengo el sueño del retiro, de construirme un refugio. Creo que he abusado de mi tiempo, porque también para dar se necesita recibir, almacenar, tener reservas. Y nada de ello lo permite el ser un esclavo de la galera —por ello se ha llamado siempre “galera”: uno es el que rema y da impulso a la nave, allá arriba va el capitán llevando el timón con rumbo a quién sabe dónde. Y, ciegame, uno no sabe ni para qué se aplica su fuerza de trabajo ni a quién le beneficia.

\* Para dar mayor fluidez al texto se han suprimido las preguntas.

Fuera de ese tipo de farsantes que dicen escribir para la posteridad o para hacer su "obra de arte", hay escritores como Juan García Ponce que asumen la literatura como una serie de homenajes a la realidad.

Alguna vez Juan me ha llamado por teléfono para preguntarme de qué color era tal cosa, en qué día sucedió tal incidente, si era martes o jueves...

Para él es muy importante decir: "Y aquel martes..."; si escribe "miércoles" siente que lo que está diciendo es falso. Y algunas personas se asombran cuando Juan ha logrado reconstruir con minuciosidad escenas que él no presenció. Entonces nos explica: "Les he ido preguntando a los participantes y he reconstruido mentalmente todo un cuarto, por ejemplo, dónde está la ventana, la cama, de qué color es la colcha, y si me falta algún dato lo consulto y ustedes, los que estuvieron ahí, ni se enteraron". Yo le pregunto: "¿Qué objeto tiene?" y dice: "Es el único sentido".

Es como hacer algo perdurable de lo que se fue. En mi generación es continua esa sensación de lo evanescente; creo que el tiempo no nos perdona. No sé si ello se debe a sus estados peculiares de salud o de vida muy aislada. Finalmente son escritores mórbidos, y de alguna manera también anormales en relación a muchos temas socialmente despreciados.

Cuando escribí *Estética de lo obsceno* lo que me molestaba de este último término es el uso que se le da. Pocas frases me irritaban tanto como "Esto no es obsceno porque es arte". Y yo digo: "Perdóñenme, si es obsceno y es arte, son dos valores no excluyentes entre sí". Es una coartada totalmente absurda. Siempre que yo decía de algo: "Pues sí, es obsceno", me respondían: "Sí, claro, pero es artístico". No "pero": es obsceno y además artístico. Me interesa concretamente el arte obsceno, y también puedo decir que me interesa la obscenidad *per se*, aunque no tenga valores artísticos. Pero que no se



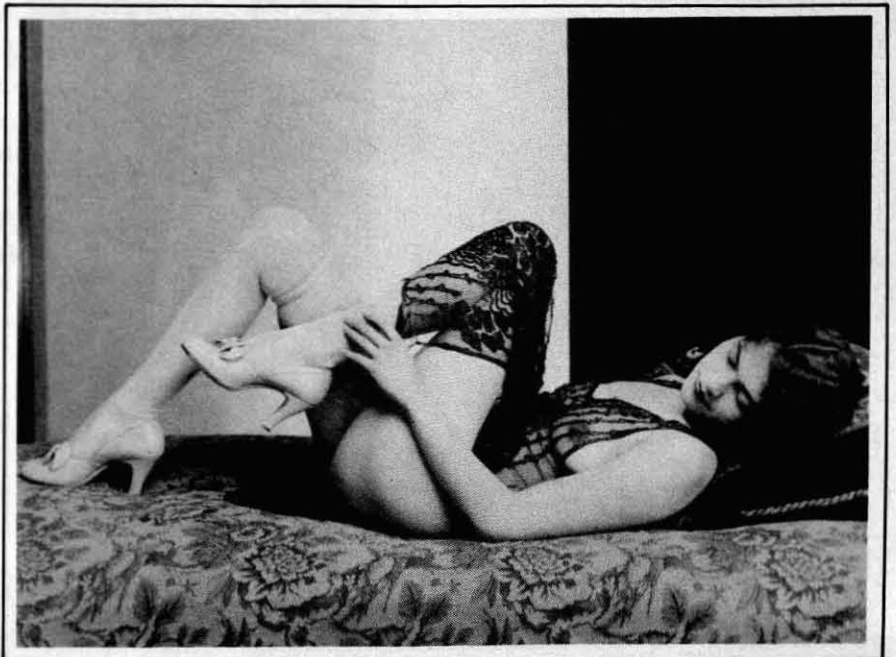
confundan ni se contrapongan los dos términos, ni que sea el arte coartada de algo, justificación de algo, pretexto moral.

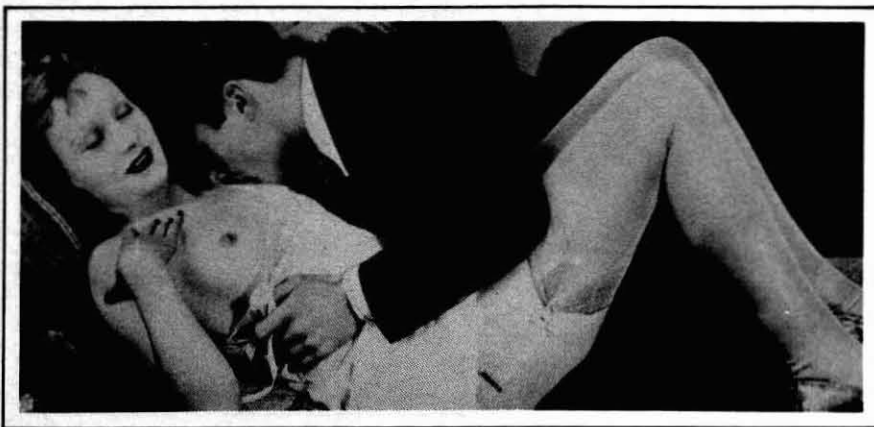
De momento, mi interés al publicar *Estética de lo obsceno* era oponerme a la mojigatería del gobierno que por aquel entonces había lanzado un decreto contra la obscenidad. Siempre me han interesado el arte y la literatura eróticos, y probablemente *Estética de lo obsceno* fue una liberación personal. Siento a mi alrededor una sociedad muy reprimida, que se enquista, que se enmascara de mil maneras.

Me interesa una literatura que esté ligada a la vida, que tenga que ver con tu vida. También hay quienes viven para la literatura; a ellos los envidio enormemente, viven encerrados en sus casas consagrándose a la literatura del

siglo XVI, por ejemplo, con enorme erudición y saber; están leyendo a Proust día y noche, acumulando notas, y todo les sucede en su interioridad mientras en su vida real no hay eco de esos estudios. Lo vi mucho en mi padre, que era un solitario: no tenía amigos, no veía a nadie, estaba enclaustrado en su casa con libros y música. Su mujer y sus hijos eran muy molestos para él porque le impedían dedicarse por más tiempo a sus asuntos.

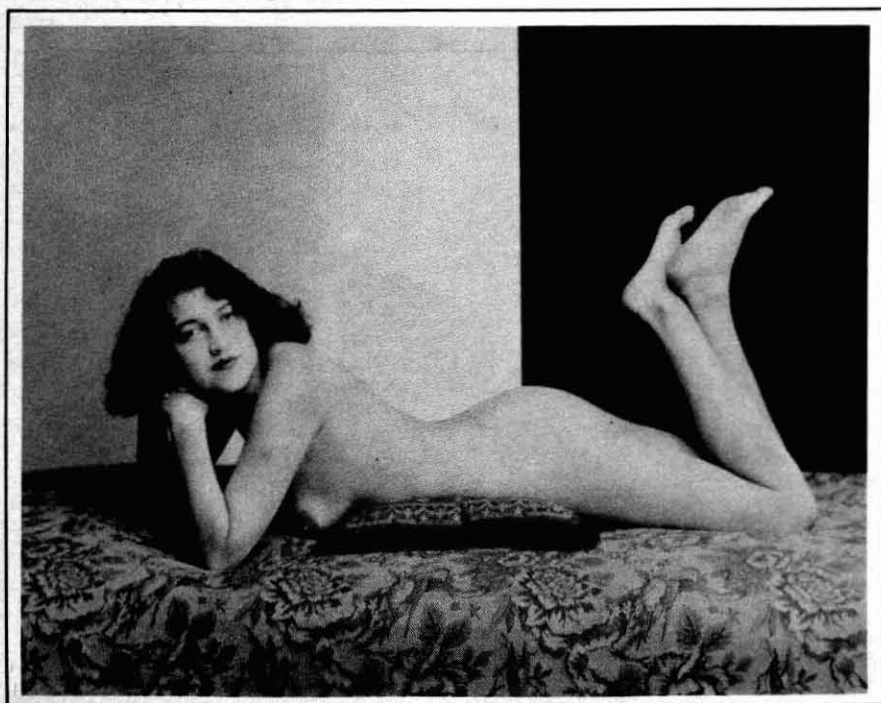
En casa, mi padre todas las tardes oía ópera. Tocaba violín y piano, leía, escribía: todo en absoluta soledad. Uno pudo haber pensado: "Le está tocando esa música a alguien", o "Va a escribir esto para..." Y no: era un asunto privado, sin interlocutores. Creo que él sabía más que nadie de ópera, y no para escribir artículos ni





libros, sólo para disfrutarla. Mi padre era mayor que yo por treinta años exactos, igual que sucedía entre él y su padre. Cada cumpleaños suyo nos reuníamos. En una de estas ocasiones, poco antes de morir, me preguntó: "¿Cuántos años tienes?" "¿Cincuenta." "Te ha de parecer que estamos muy lejos. No lo creas. A mí, treinta años se me fueron como agua." Eso me dijo. Y uno lo siente: el tiempo que se va. Mis amigos me dicen: "Oye, qué te pasa. Tienes cincuenta años y estás hablando como un anciano". Sin embargo, son cosas que deben pensarse seriamente; acaso ya sea tiempo de retirarse. La juventud es inocente. Es como la salud. A mi edad no sé -ni siquiera por referencia- qué es la salud, y soy el ser más saludable de mi generación.

Jamás he ido a un médico ni a un hospital. Pero ya siento los años, llega un momento en que algo comienza a pasar: insomnio, indigestiones... En la Universidad se enseña literatura para criticarla, para estudiarla o para hacerla, pero no para disfrutarla. No obstante, he encontrado a ciertos alumnos que tienen la vocación y la voluntad del disfrute, y estudian para aumentar su capacidad de goce. Esto es una maravilla, pero al que manifiesta tal capacidad se le trata de sibarita, delincuente social, hedonista. Esta última palabra ya está condenada socialmente: equivale a fuga, a no hacer nada por los demás en una crítica situación como la actual. Tengo más de treinta años de dar clases y ya estoy muy cansado, sobre todo porque no hay referentes. No



puedo decir ya nada porque los muchachos no lo entienden. Si digo Baudelaire no saben quién es. No lo han leído pero quieren aparentar que lo conocen porque han oído el nombre que flota en el aire: "Ah, claro". O menciono el nombre de un perfume, y los perfumes son infinitos y todos distintos, pero ellos dicen: "Ah, un perfume, ya entiendo, es algo que huele". Todo se traduce a un referente así, sin matices.

Cuando mis alumnos leen que San Juan de la Cruz afirma que su alma camina "entre abrojos y entre espinas", ellos traducen que tiene dificultades. Yo les pregunté: "¿Qué son abrojos?" Consultan el diccionario y responden: "Espinass, ¿no le digo?: son dificultades". Que no traduzcan tan burdamente. San Juan dice "abrojos y espinas". Pido a mis alumnos que antes de juzgar tan a la ligera sientan primero con los pies descalzos las espinas que se encajan y duelen y sacan sangre.

Conozco muy poca gente en México que sepa el nombre de las plantas, o el de los árboles más elementales. La mayoría sólo dice: árbol, hoja, flor. Cada vez es más raro ver a alguien que riega sus jardines y les habla a las plantas, eso se deja a los viejos. Por eso fue tan bella la época de *Poesía en voz alta*, porque uno iba por los jardines de la Universidad y se encontraba de pronto con Arreola o Paz y sus amigos haciendo poesía coral, obras de teatro repentinas, cosas inauditas. Fue un tiempo de efervescencia maravillosa. Ahora mucho de eso se ha perdido: los sabores, las texturas, el gusto por la conversación... Extraño aquello que ha desaparecido. La gente ahora se recluye en su casa, en su cuarto, en su barrio, en su asunto, y cada vez nos buscamos menos, el diálogo se acabó igual que los encuentros en las calles, ya nadie busca a alguien por el puro gusto de conversar. Ya no hay ebullición, ni gusto por lo inaudito, ni movimientos tan vivos como el de *Poesía en voz alta*. Quizá me ha tocado ver algunos fenómenos privilegiados. Quizá estamos asintiendo al final de toda una época. ◇